

Supervivencia Cultural Andina

por Mirko Lauer

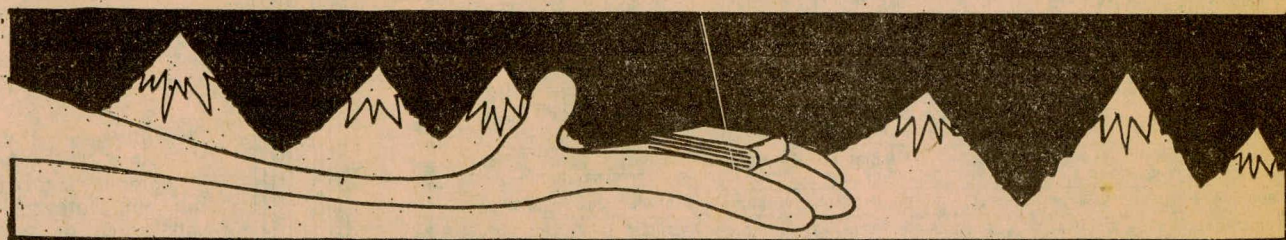
En su séptimo ensayo de interpretación de la realidad peruana José Carlos Mariátegui se declara, desde las primeras líneas, testigo parcializado en un proceso abierto a la literatura peruana, pero en realidad sería más exacto considerarlo como una de las partes en la polémica contra la interpretación tradicional de nuestra literatura y sus representantes de aquella época: Riva Agüero y la generación del novecientos. En esa polémica Mariátegui define su posición como la misión de "votar en contra" del pasado, aportando a la votación todas sus pasiones e ideas políticas, y define la posición de su principal antagonista —Riva Agüero— como el criterio de restauración "civilista", representante "no sólo de conceptos políticos sino aun de sentimientos de casta". Es decir, el criterio de la burguesía descendiente de los encomendados españoles, que adoptó formalmente los principios y las instituciones de la burguesía liberal del hemisferio norte, y que en la década anterior a 1928 intentó cerrar (este sería el sentido de **restauración**) las grietas causadas en su hegemonía por la derrota ante Chile, el populismo de Billinghurst y el prestigio de una generación intelectual liderada por el espíritu y el pensamiento de Manuel Gonzales Prada.

Frente a ese grupo "restaurador" (que en 1917 ha fundado la Universidad Católica para detener el avance de las ideas exóticas) Mariátegui representa a una pequeña clase media intelectual que, desde diversos partidos y variadas revistas, asume un rol dirigente en la irrupción de las masas populares en el escenario político nacional de mediados de la década del 20 hasta casi antes de la Segunda Guerra Mundial. ¿Pero cuál es esta interpretación tradicional de la literatura peruana? Mariátegui nos la da a conocer indirectamente, a través de su ataque al colonialismo supérsite (léase hispanismo), su posición ante el indigenismo y su expreso elogio de la entonces nueva literatura peruana, que confluyen en su denuncia de los intentos de restauración civilista que se inician hacia los últimos años del siglo pasado. Para los "restauradores" tradicionalistas en el terreno literario el proceso debía seguir un camino distinto al que empezaba a recorrer, es decir que el camino de la ruptura con el

hispanismo, la emergencia del movimiento indigenista y el cosmopolitismo de las generaciones literarias del 20-30 jamás debió producirse. Son estos tres fenómenos los que Mariátegui aso-

güero se refiere en 1942, hablando ante la tumba de José María Eguren, a los "tan multiplicados vanguardistas". Son los dos últimos puntos mencionados —el no-desarrollo de la cultura

indestructible y, en parte, inmutable...". Si bien estas palabras equivalen a un intento de cancelación de la idea de un Segundo Imperio Incaico, ellas son también el reconocimiento táci-



cia —en literatura— con una nueva conciencia peruana.

Llevada a un terreno más amplio que el de la literatura, al de la cultura peruana en su totalidad, la posición tradicional se expresaba en la práctica por un deseo de mantener los cuatrocientos años de hegemonía hispánica, por el no-desarrollo de lo autóctono y por la inexistencia de líneas "extranjerezantes" (cosmopolitas), habitual síntoma de la llegada de nuevas ideas en todos los frentes. Recordemos el rictus irónico con que Riva A-

autóctona y la llegada de nuevas ideas— los que constituyen hoy temas centrales de toda especulación en torno de la cultura peruana, de las relaciones de dominación interna y externa que mantiene.

Respecto de la dominación externa de nuestra cultura, uno siente que Mariátegui vivió demasiado inmerso en la lucha antioligárquica y en los espasmos de un país en tránsito de un proyecto nacional a otro como para enfocar con su habitual claridad el problema que representaba en lo cultural el relevo de dominadores que se producía en esos años. Su casi indiscriminada aceptación de lo nuevo pudo haber sido correcta en última instancia, pero no por ello dejó de ser alegre y poco crítica. En el terreno de la dominación interna su visión fue mucho más detallada; para él la cuestión del pueblo quechua fue esencialmente la de una población explotada por el gamonalismo, antes que el de la opresión de una cultura por otra. En esto se distinguió claramente de quienes entonces abogaron por el retorno de nuestro único Imperio, sin detenerse a pensar que el imperio incaico no fue para el Perú sino una "pre-conquista", un acto de dominación más en el agónico proceso de constitución de la nacionalidad. "Lo único que sobrevive del Tawantinsuyo es el indio. La civilización ha perecido; no ha perecido la raza. El material biológico se revela, después de cuatro siglos,

to de una supervivencia colectiva, es decir cultural, del pueblo quechua. Este es un punto fundamental que continuará siendo eje de la especulación cultural en el país: ¿Cuánto ha sobrevivido realmente la cultura quechua y cuáles han sido las leyes de ese fenómeno?

Anibal Quijano propone un camino de entrada al tema cuando afirma que el enfrentamiento de las "culturas indígenas" prehispánicas de América resultó (a diferencia del caso de las culturas de la India, China y Arabia) en la desintegración, dado que ellas no "habían alcanzado aún el grado de objetivación y formalización de las "culturas orientales", esto es, un grado equivalente de "intelectualización" (sobre esto Jorge Basadre tiene algunas valiosas precisiones acerca de las "culturas de muchedumbres" que la colonización del S. XVI encuentra en otras partes del mundo). En efecto, las culturas orientales lograron salvarse y las nuestras se pasmaron, más aún, regresionaron en algunos sectores. La profundidad de esta regresión y el nivel de conservación real de esta cultura, específicamente la quechua, es hoy tema de apasionado estudio de los historiadores y los antropólogos. En la próxima nota trataremos de presentar una apreciación acerca del proceso por el cual a partir del siglo XVI unas culturas lograron mantener más autonomía y conocer mayores desarrollos internos que otras.

